

La nueva cartelera

LA temporada teatral madrileña acaba de poner en pie, en el apretado espacio de unos días, varios títulos fundamentales. Si uno vuelve la vista atrás y hace memoria de lo que ha sido la vida teatral española de muchos años, concluye que hubo temporadas enteras, y hasta décadas, que no colocaron en las carteleras lo que ahora se ha planteado en una semana: "Galileo Galilei", de Brecht; "Los cuernos de Don Friolera", de Valle; "El adefesio", de Alberti, y la renovada visión de "La casa de Bernarda Alba", de Lorca. Títulos todos ellos de una clara significación en la historia del teatro moderno —sobre todo, claro, desde la óptica española— y que citamos aquí sin beatería ni triunfalismo alguno.

Sin beatería, porque importan también las propuestas de los autores jóvenes y contemporáneos —estrenados esta temporada o, como es el caso de Nieva, supervivientes de la temporada anterior—, a las cuales hemos dedicado —con mayor o menor acierto en el juicio— la máxima atención. Y porque asimismo cuentan estrenos como el de Mrozek, y habrán de contar, en plazo breve, espectáculos presentados fuera de esta semana de "grandes acontecimientos", entre los cuales ya podrían citarse el más que posible montaje de un texto de Fernando Arrabal por Adolfo Marsillach o, en el campo de los grupos independientes, la presencia de La Cuadra en el Arlequín.

Y sin triunfalismo, porque estamos aludiendo a un fenómeno madrileño y, por tanto, a una parcela específica y en nada generalizable de la realidad teatral española.

Cabría, incluso, preguntarse si no estaremos ante un hecho de significaciones equívocas. Estrenar, en una misma semana, a Brecht, a Valle y a Alberti —y, en los tres casos, obras que figuran entre las más densas y más críticas de su producción— tiene toda la solemnidad de una "puesta al día" de nuestro largo tiempo amordazada cartelera teatral. Si la evolución de nuestro país hubiera de juzgarse por el salto del repertorio madrileño desde el día, nada lejano, en que Carrero Blanco vio y prohibió "El círculo de tiza" hasta hoy, las conclusiones no podrían ser más confortadoras. Serían, sin embargo, parcialmente falsas. Cosa que sabemos muy bien.

Anda nuestra realidad queriendo zafarse de un largo período de inmovilismo. Muchas de las fuerzas que lo impulsaron y lo administraron siguen prácticamente intactas; pero, a la vez, también han crecido y madurado —con los límites de toda oposición privada de la confrontación regular con las opiniones públicas— las fuerzas que desean el cambio. De hecho, la cartelera de Madrid podría interpretarse como el re-

sultado de la presión de las fuerzas democráticas que, como es sabido, siempre se han dejado especialmente sentir en los campos del arte y de la cultura. Las viejas empresas teatrales no habrían hecho otra cosa que acomodarse a la nueva situación, aceptando en sus escenarios los títulos que deben atraer, presumiblemente, a un público que quiere, a su manera, estrenar la libertad.

Se inscribe así el teatro —teatro dentro del teatro— en esa otra gran representación que se desarrolla día a día en la vida nacional. Me parece singularmente necesario no perder de vista esta conexión para intentar descubrir hasta dónde el escenario es un instrumento revelador, un colaborador en la creación real del espíritu democrático, o un enmascarador negocio en el que se venden —contra el propósito de los autores, directores y actores de las obras— consumibles "sensaciones de libertad".

Me decía María Casares —un nombre íntimamente ligado a este apasionante comienzo de temporada— que el teatro ha sido siempre el lugar donde se vive lo que por unas u otras razones no vivimos. Si la afirmación está llena de sentido en la contemplación general de los límites del hombre y de las posibilidades creadoras del arte, en España adquiere una matización contradictoria. Porque aquí, en estos momentos, necesitamos saber lo que cada obra nos propone y la razón de la imposibilidad de vivirla, para distinguir entre aquellas que ensanchan nuestra condición humana —y ese podría ser el concepto del arte— y aquellas otras que nos dan libertad en la butaca para quitárnosla, haciéndonos creer que la tenemos, en la vida social.

Una cosa, sin embargo, es evidente. El teatro ha adquirido en estos momentos —al menos desde la discutible perspectiva de Madrid— una importancia social y política que no tuvo entre nosotros durante años. Cada espectáculo aparece cargado de una problemática que se engrandará y remodelará en su encuentro con la sociedad española. Todos vamos a tener que prestar atención a un fenómeno, a través del cual —aun dentro del carácter desdichadamente minoritario del teatro— va a revelarse la verdad o la apariencia de nuestro proceso político. Un fenómeno que, tratándose de teatro, no podrá reducirse a formulaciones ideológicas, sino a cuantos compromisos comporta la elección de un lenguaje artístico. El exiliado Rafael Alberti, la exiliada María Casares, "El adefesio", las largo tiempo prohibidas "Galileo Galilei" y "Los cuernos de Don Friolera", la renovada visión de "La casa de Bernarda Alba" estén aquí... ■ JOSE MONLEON.

La Arboleda Perdida sigue en pie.

resumen todas sus ideas y sus sentimientos. No es de Rute ni de "la Encerrada" de lo que quiere hablar —"las causas no me las dijeron, nunca llegaron hasta mí"—, sino de esa Andalucía que llena su memoria, de la intransigencia decrepita, de los muros del colegio, de la libertad y de la muerte. El horror es "físico y moral", como hubiera dicho de muchacho, aunque ahora sepa que ese puede ser el arranque de una larga andadura política. Los vacíos de la historia perdida de la muchacha rufesca quedan muy pronto cubiertos. Y Rafael siente, allá en Buenos Aires, muy lejos de su Bahía, que Gorgo tiene la cara de todos los tiranos, grandes y pequeños, que le han prohibido escaparse del colegio y tumbarse sobre las dunas. Que la limosna y el rezo de los verdugos de Altea es una vergüenza.

La Arboleda Perdida

Ninguna asociación forzada en lo que digo. Con apenas una semana de intervalo, he estado, solo, en el bosque que llaman la Arboleda Perdida, del Puerto de Santa María y, con Rafael, en un café de Saint-Germain. El poeta llevaba cuarenta años sin atravesar el camino que bordea la vieja finca de Mazzantini y, sin embargo, me hablaba del paraje como si hubiera estado a mi lado siete días atrás. Lo formidable de Alberti es que es un exiliado y no es un exiliado patético. Es decir, que sabe de qué realidad suya sensorial —¡y eso es tanto!— ha sido separado, y, al mismo tiempo, ha seguido enriqueciendo su obra. Está lleno de todos los rostros, paisajes y experiencias que le llegaron después del 39, los asume con vigor —de pronto le entran ganas de acabar su vida sobre cualquiera de las tierras de América Latina— y, al mismo tiempo, tiene sus raíces incommovibles entre las retamas de la Arboleda. Por eso, mi última

aproximación es ambigua. Como sin saber si Rafael estuvo o no conmigo en el bosque de su infancia. "En la ciudad gaditana del Puerto de Santa María, a la derecha de un camino, bordeado de chumberas, que caminaba hasta salir al mar, llevando a cuestras el nombre de un viejo matador de toros —Mazzantini—, había un melancólico lugar de retamas blancas y amarillas llamado la Arboleda Perdida... Ahora, según me voy adentrando, haciéndome cada vez más chico, más alejado punto por esa vía que va a dar al final, a ese 'golfo de sombra' que me espera tan sólo para cerrarse, oigo detrás de mí los pasos, el avance callado, la inflexible invasión de aquella como recordada arboleda perdida de mis años". La Arboleda existía y existe. Y en "El adefesio" seguimos reconociendo muchas cosas semiveladas de nuestro mundo. Quizá por eso, en definitiva, Rafael Alberti nunca estuvo del todo ausente.

En la terraza del Café Danton, a cuatro pasos de la Sorbona, Rafael me dice:

—Mi infancia pesquera, vinícola, marinera, me marcó de tal manera, para mí tuvo tal poder de claridad —para los ojos y el sentimiento—, que yo estoy tocado de una forma verdaderamente extraña y obsesiva por aquellos paisajes y por aquellos años. Naturalmente, se me han mezclado con mi larguísima vida y con los terribles acontecimientos que me han sucedido, pero rara es la cosa que yo escriba que no salga, de una manera u otra, del mar —aunque cuando yo diga mar, no sea el de la Bahía, en el fondo lo es— y de todo aquello, que sigue siendo fundamental. Si yo no hubiera tenido aquella infancia y aquellos tios locos andaluces, todos tan religiosos y tan borrachos, no creo que hubiera escrito, y es muy fácil que sólo hubiera sido pintor. ■ Fotos de RAFAEL ESTEBAN POULLET.